

Marcelino Bisbal

¡U U UCV! - ¡U U UCV! - ¡U U UCV!

Votar entre amigos

Esta nuestra querida Universidad Central de Venezuela parece que está en agonía. En los últimos años no ha sido capaz de salir de la enfermedad que la aqueja. Hace ya un buen tiempo éramos de los que creíamos que la Universidad en nada se parecía al país, que ella era una isla capaz de responderle a la sociedad acerca de sus problemas más urgentes, decirle por dónde había que caminar y cómo conducir. Pensábamos eso, quizás por aquello de «la casa que vence las sombras», por lo de «la excelencia académica» o quien sabe por qué oscuros idealismos que animaban nuestros pensamientos universitarios.

Pero el tiempo corrió sobre el país y la universidad. Incluso, aun a pesar de las aguas turbias y claras que han atravesado el puente llamado Venezuela, la Universidad Central de Venezuela siguió siendo signo y referente para otras instituciones —universitarias o no— y para la gente. Nuestra mirada estaba puesta en aquella imagen que reflejaba más una sombra del pasado, que una figura del presente. «La procesión iba por dentro», y poco a poco el referente se fue consumiendo, el signo se tornaba cada vez menos signo, por lo tanto menos símbolo. Así, el grito de U.U.U.C.V. se fue haciendo cada vez menos claro y menos masivo. Hasta nuestros días.

I

Hay un **evidente desencuentro** entre las distintas Facultades y la sociedad a la que dicen servir, a la que se deben. Es más, hay desconfianza de esa sociedad hacia la Universidad. Entrar a detallar a qué se debe no es nuestro objeto, pero sí creemos que debemos apuntar **algunos escenarios** que indiquen luz verde o luz amarilla para poder continuar hacia adelante, porque de lo contrario nos paralizamos o quizás ya estamos pa-

ralizados. Diversas escenas de la Facultad, en forma de «flash», nos hablarían de un paisaje al que hay que cambiar si queremos seguir existiendo y compartiendo un **tiempo de encuentro** y no como el actual que es del desencuentro rutinario, del bostezo y de la aparente tranquilidad y sosiego en donde nada sucede y en donde mucho se pierde.

Flash 1

Los pasillos de cualquier Facultad, que son los pasillos de la Universidad, nos repiten una historia de todos los días. Mientras afuera está la vida, aunque dura, violenta... «Cinco asesinados en barrio Niño Jesús», «Triple homicidio en el Valle», «Asesinados Padre e Hijo dentro de su vivienda», «Asesinado trabajador del INOS cuando regresaba de compras», «Dieciséis personas murieron violentamente el fin de semana», «Sindicado un DISIP de matar a un menor», «De un disparo en la boca asesinaron a bombero». Titulares de la prensa nacional casi diariamente.

Un breve diagnóstico nos dirá que Venezuela ha experimentado en los últimos años un crecimiento acelerado en sus niveles y tipos de violencia. La imagen del país petrolero, sin dificultades económicas y con pocos o escasos tópicos de confrontación social que pudieran derivar en acciones de violencia abierta, fue durante mucho tiempo la representación de Venezuela en el contexto internacional, la cual contrasta abiertamente con la real situación del país hoy.

A partir de 1989 una serie de eventos violentos ocurridos en el país dislocó esa imagen de «país pacífico y rico» y, lo más importante, esos mismos hechos también quebraron las creencias y expectativas que teníamos los venezolanos sobre nuestro propio proceso social y su desarrollo futuro» (Luis Pedro España, 1992)

¿Qué dicen esos pasillos? Absolutamente nada. Todo transcurre como si esa realidad nos fuera ajena y distante, como si fuera de otro país. Y, si dicen algo, está tan alejado de la realidad que lo que expresan no son más que lamentos o quejas lloronas, pero pocas soluciones concretas, pocas alternativas. A veces ni siquiera hay relevancia en lo que se expresa.

Flash 2

En el país se habla de corrupción. Ahí esta la decisión de la Corte Suprema de Justicia en relación al Presidente Pérez. Nos encontramos al Fiscal General de la República como presentaba hace un mes exactamente su Informe Anual. Ambos hechos dicen que la **corrupción** está acabando con el país. ¿Cuántas veces hemos hablado en la Universidad de la corrupción académica y de otras formas de corrupción? ¿Es que acaso nosotros nos sentimos libres de toda culpa, somos acaso el «apartheid» del país? Porque corrupción es llegar tarde a clase; o no llegar; corrupción es pedir más y no cumplir con lo estipulado; corrupción es no ascender cuando se debe; corrupción es no publicar; corrupción es no dedicarse al trabajo y al estudio con dedicación; por igual para estudiantes como para profesores; corrupción es, por parte de los empleados, no estar a la hora en sus sitios de trabajo y no atender como se debe; corrupción es no aplicar los reglamentos por razones de amiguismo político, grupal o gremial; corrupción es elegir no al mejor por méritos académicos para la Dirección o el Decanato o el Rectorado, o para los respectivos Consejos, sino al que me ayuda a conseguir la beca, o el cargo o al que dejó hacer y dejó pasar; es corrupción quedarnos en el puro lamento y echarle la culpa a los demás como pueden ser los partidos políticos, o el Estado, o las empresas privadas o las autoridades de turno...

Todo eso es corrupción y mucho más, y también está acabando con nuestras Facultades y por extensión con la Universidad.

Flash 3

Sucedió el golpe del 4 de febrero de 1992 que nos interpelaba a la búsqueda de soluciones y a la no aceptación de liderazgos mesiánicos. Luego nos topamos sorpresivamente con el 27 de noviembre del mismo año. «¡La tentación de febrero!» Se han dado procesos de privatización en muchos sectores

de la vida venezolana, se ha hablado insistentemente de democracia y de democratización, al igual que de golpes de estado... En fin, han sido tres años de vueltas y revueltas, de simulacros y de concreciones. ¿Y la Universidad dónde estuvo?

Eso me recuerda una antigua narración que leí hace tiempo en un libro religioso y que se refería a los comienzos del cristianismo. Decía: Hacia fines del siglo VI, el papa Gregorio Magno envió misioneros benedictinos de Roma a Inglaterra, con el mandato de predicar allí el mensaje de Cristo, pero sin que le moviera ninguna intención política. Uno de ellos, Paulino, logró penetrar hasta la remota Northumberland, donde el príncipe reinante, el rey Edwin, se mostró al principio muy reservado respecto a la nueva doctrina. Después de un tiempo de dudas, el rey decidió convocar una junta de sabios. En esta junta se levantó uno de los consejeros y dijo: «Majestad, cuando vos estáis sentado a la mesa con vuestros nobles y vasallos, en medio del hogar arde el fuego, y la sala está caliente; allá fuera, empero, brama por doquier el viento de invierno que trae frío, lluvia y nieve. De pronto entra un pajarillo y revolotea por la sala. Entra por una puerta y sale por la otra. Los pocos momentos que está dentro, se siente al abrigo del mal tiempo; pero apenas desaparece de nuestras miradas, retorna al oscuro invierno.»

Lo mismo acontece —a mi parecer— con la vida dentro de la Universidad. No podemos exhibir como gran logro el que una Facultad «encontró el sosiego que requería para su desarrollo...» Porque ese sosiego es asfixiante, y una Universidad que no se interroga, que no se confronta constantemente **está muerta en vida.**

Flash 4

Hace ya tres años el sociólogo chileno José Joaquín Brunner escribía un diagnóstico acerca de la Universidad chilena y por extensión se refería a la Universidad latinoamericana, y allí nos dibujaba un paisaje que nos es común a nosotros: la crisis de la Universidad se manifiesta más agudamente, por lo tanto más corrosiva, al interior de ella misma porque afecta su núcleo vital que es lo que le da vida y fuerza creadora. Decía que en nuestras facultades la calidad de la vida intelectual se ha venido al suelo o no logró despegar nunca. «Los académicos producen escasamente o lo hacen

de maneras poco relevantes para la sociedad; los cursos que se imparten son obsoletos y aburridos; la vida en la Facultad es muchas veces sólo un remedo del trabajo que se supone debe realizar un equipo intelectual. En breve, hay numerosas instituciones de educación superior donde la crisis es, primero que todo, una crisis de autoridad intelectual de la propia institución universitaria».

¿Alguna semejanza? ¡Parece un retrato hablado!

II

No hace mucho tiempo, apenas el 22 de abril, primero, y el 29 del mismo mes, la segunda vuelta, la Universidad Central de Venezuela, «nuestra máxima casa de estudios», se presentaba ante el país y la comunidad universitaria para ofrecerle la renovación de sus Decanos. Las cifras nos dijeron que 2.535 profesores, 612 estudiantes y 45 representantes de los egresados serían los encargados de elegir a los once Decanos que dirigirían las once facultades ucevistas. Concluyó el proceso.

¿Sorpresas? Realmente muy pocas. Solamente indicar que esta vez, antes de llegar al acto de votar, algunos profesores levantaron sus voces para cuestionar el proceso electoral que se aproximaba. Lo que se afirmó: «No era posible, y no puede ser, que quienes aspiren a dirigir la Universidad no tengan suficientes credenciales académicas para hacerlo». Sin embargo, el Consejo Universitario escaulló el bulto, se relativizó, ocultó la cabeza en el hueco, y el proceso siguió igual. Es que en los últimos años, si revisamos acuciosamente las decisiones más críticas del organismo, ante problemas graves y relevantes para la vida universitaria y su marcha, se fueron por los personalismos, escogieron el camino de no afrontar los problemas en perspectiva ética y moral (¿palabras también gastadas en el ámbito universitario?), pero sí en óptica política, pero de mala política, que solamente beneficia a unos pocos, a unos grupos o algún particular por aquello de la amistad. Mucho se parece al país, a la sociedad política y a tantos funcionarios gubernamentales que tanto criticamos.

III

La propia comunidad universita-

ria, una parte de ella, vio con recelo este último proceso. La otra, se debatió, como dice un buen amigo, entre «votar entre amigos» o votar racionalmente y friamente por «el mejor académicamente». Se «volvió a votar entre amigos». Y entre amigos nos estamos destruyendo y estamos acabando con la institución.

Así fueron los resultados. Algunos repitieron en los cargos, y otros aparecen como los nuevos «gerentes» de la Universidad. Porque la palabra «gerencia» o la frase «gerenciar con eficacia» es la expresión de moda, aun por encima de «dirigir con la academia». Esta última idea pocas veces fue expresada en boca de los candidatos. Resulta que ahora irrumpen, como slogan publicitario, la «calidad total» y el «marketing» a las esferas del oficio de dirigir a la Universidad. ¡Poco a poco estamos acabando con la esencia y el carácter del «alma mater»!

Muchos de los candidatos, hoy ya Decanos por Ley, no reunían las exigencias académicas de escalafón, de proyección académica, de obra producida, de trayectoria universitaria ante el país..., pero fueron electos. ¿Qué pasó entonces? ¡Votar entre amigos!

Pareciera que en la actual vida universitaria priva la opción, la expresión hecha norma y vida, de «no te metas conmigo, que yo no me meteré contigo y todo seguirá igual». Es decir: «déjame hacer libremente lo que quiero, que yo te dejaré hacer a ti lo que tú quieras». Nos movemos como en el país. ¿y vamos a ser nosotros los formadores y reformadores del nuevo y del actual venezolano? Con razón poca gente acude a pedirnos consejos o guías de valoración frente al país.

El final... anunciado

Toda generalidad es peligrosa, pero las individualidades se esfuman por cansancio ante la presencia de lo masivo. La magnitud del problema nos arropa y no vemos en el horizonte tiempos mejores. Mientras tanto, seguimos entre amigos, mejor, entre panas. No encontramos signos, por ahora, de recuperación y frescura. Y el país continúa su marcha buscando signos para salir hacia adelante.

Quizás cuando el país sea mejor, él nos dicte las lecciones necesarias para «vencer las sombras» que no nos dejan ver el horizonte de un paisaje fuera de la Universidad bien distinto al de tiempos atrás...